

Actividades Cultura Grega 1º ESO

Apelidos:

Nome:

Grupo:

1. Na clase falamos de que os gregos nos deixaron un gran legado. Le o apartado sobre a relixión grega que aparece no teu libro de texto e elabora o seguinte exercicio indicando a categoría que se corresponde con cada deidade e as palabras que utilizamos hoxendía que derivan do seu nome:

Nome do deus/deusa	Personaxe/Deus/Deusa de...	Palabras relacionadas que empregamos
Xea	A Terra	Prefixo Xeo: Xeoloxía, xeografía, xeodesia, Panxea...
Urano	O Ceo	Urano (planeta)
Zeus		
Poseidón		
Hades		

Actividades Cultura Grega 1º ESO

Hera		
Afrodita		
Atenea		
Artemisa		
Deméter		

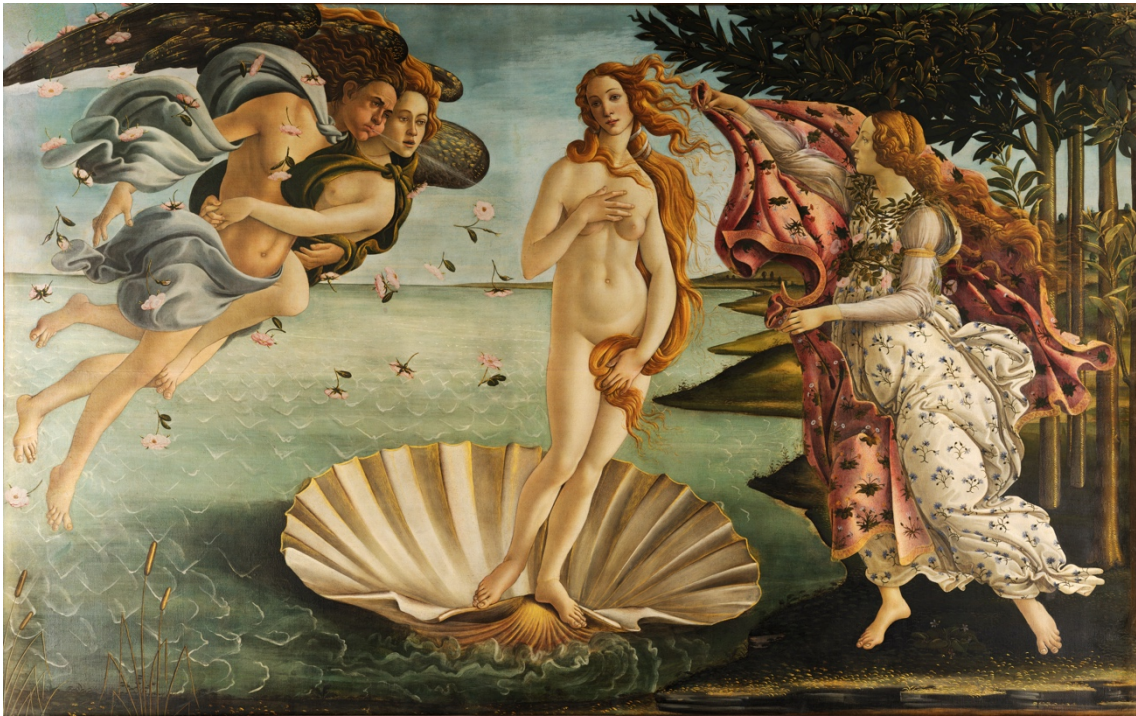
Actividades Cultura Grega 1º ESO

Apolo		
Hermes		
Dioniso		

2.O deus que os romanos chamaron Xúpiter é o mesmo que os gregos chamaron Zeus, pois os romanos apropiáronse do panteón grego (gustáronlles moito os deuses que os gregos tiñan). Dioniso, o deus grego do viño, ten o seu correspondente deus romano, chamado Baco. Hera, a muller de Zeus, vai a pasar a chamarse Xuno. E así fixeron con todos.

Observa o cadro do pintor renacentista italiano Sandro Boticelli titulado O nacemento de Venus, e responde:

Que deusa grega se corresponde con Venus? Describe a súa personalidade e realiza un debuxo dela tal e como ti a imaxinas (non hai que ser un/unha Boticelli para que estea ben o exercicio, non te preocupes).



Imaxe de dominio público extraída de Wikipedia.

3. Le o mito de Eco e Narciso que adxunto co documento. Que é, na mitoloxía grega, unha ninfa? Explica cal foi o prezo que tivo que pagar Narciso por desprezar á ninfa Eco. Texto: Alicia Esteban e Mercedes Aguirre. Cuentos de la mitología griega, Ediciones de la Torre.

4. escoita a canción de Christina Rosenvinge en Youtube titulada “Canción del Eco”? A que mito fai referencia? Quen é a personaxe que “fala” no estribillo da canción? Segundo a letra, en que flor se converte Narciso? Debúxa.

Marchitarse de amor

(Eco y Narciso)

Existieron una vez dos seres que, como las flores en otoño, se marchitaron, de amor y soledad. Un amor imposible, no correspondido. Sus historias son, en realidad, divergentes; pero se cruzaron en un punto, fatal para cada uno de ellos.

Eco era una ninfa, hermosa y dotada de cualidades como sólo poseen las criaturas divinas. Pero su don más sobresaliente era la gracia, la amenidad en la conversación.

Por eso Zeus la había escogido a ella entre las divinidades para que distrajese a Hera mientras él la traicionaba con otros amores.

Hera, efectivamente, se entretenía tanto escuchando a Eco que no advertía lo que pasaba a su alrededor. Pero un día se percató del engaño.

Su cólera fue terrible, y su castigo, el más despiadado: condenó a Eco a perder su don precioso; la privó de la palabra, y únicamente le permitía repetir los últimos sonidos que escuchara.

Así Eco, antes tan jovial y llena de donaire, ahora resultaba monótona y todos rehuían su compañía.

Se fue quedando sola, sin alegría. Pero aún se resignaba a vivir así, correteando por los montes, jugando a despistar

a los pastores y a las fieras, cuyos aullidos reiteraba como burlándose.

* * *

Pero amaneció un día aciago.

La paz de los bosques fue turbada por la presencia humana. De pronto Eco tropezó con un hombre, un muchacho muy joven, Narciso. Precisamente él, por un sino fatídico, era dueño de una belleza a la que nadie lograba resistirse, y de un corazón frío, incapaz de corresponder a los sentimientos que despertaba.

Eco, que vivía triste, pero tranquila, desde ese momento no iba a conocer tampoco el sosiego.

Ella nunca había amado aún, ni a mortal ni a inmortal. Así que toda su capacidad de ternura, sus anhelos de compañía, se concentraron en aquel instante y se volcaron en Narciso. ¡Y en qué circunstancias tan amargas descubría el amor!

Quiso hablar al hombre; pero no podía, por culpa de la maldición que recaía sobre ella. Se tuvo que contentar con mirarlo, apasionadamente.

Él también estaba asombrado, incluso conmovido, por ese inesperado encuentro con una joven tan hermosa en mitad del bosque.

—¿Quién eres, muchacha? ¿Qué haces aquí?

—Aquí— tuvo que contestar Eco sin remedio.

—Sí, aquí. Pero, ¿quién eres?

—¿Quién eres?

—Yo me llamo Narciso, ¿y tú?

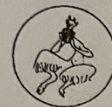
—¿Y tú?

Narciso la miró sorprendido. Empezaba a enfurecerse.

—Me parece que te burlas de mí.

—De mí.

Él, encolerizado, se dio media vuelta y echó a andar.



Eco estaba angustiada. Narciso se iba, y lleno de desprecio hacia ella. ¿Qué podía hacer? Intentaba pronunciar alguna palabra; mas inutilmente. ¡sus pensamientos eran tan intensos... pero no conseguía materializarlos en sonidos! Un pájaro junto a ella trino, y automáticamente repitió el final de su canto. ¡Lo único que llegaba a brotar de su garganta!

Suplicó a los dioses el perdón. Todo en vano. Hera, la soberana del Olimpo, es demasiado rencorosa, y no la escuchaba.

Y el joven se iba alejando. No volvería a verle. ¿Cómo permitirlo? Corrió detrás de él hasta alcanzarlo y ponerse delante. Le tocó en el hombro y le sonrió.

Narciso se ablandó y, también risueño, volvió a hablar:

—¿Tú otra vez? ¿Vas a dejar ya tus bromas?

—Bromas.

Nuevamente el hombre ensombreció el gesto.

—Oh, no. Sigues igual.

—Igual.

—Pues vete y déjame en paz continuar mi camino.

—Camino.

Narciso apresuró el paso. Pero la ninfa lo perseguía, siempre detrás.

Él, exasperado, se detuvo y gritó:

—Pero, ¿qué quieres de mí?

—De mí.

—¡Calla!

—Calla.

Eco no tenía otro medio de comunicarle sus sentimientos. Se abalanzó sobre él y le besó con toda la pasión que la inundaba.

Narciso se dejó besar, y al fin la apartó.

—¿Así que eso es lo que quieres?

—Quieres.

—Estás loca. Habla... mas sin nin-

gún sentido. Tienes la cabeza hueca y te dejas llevar por tus instintos, como los animales de esta selva en la que vives.

—Vives.

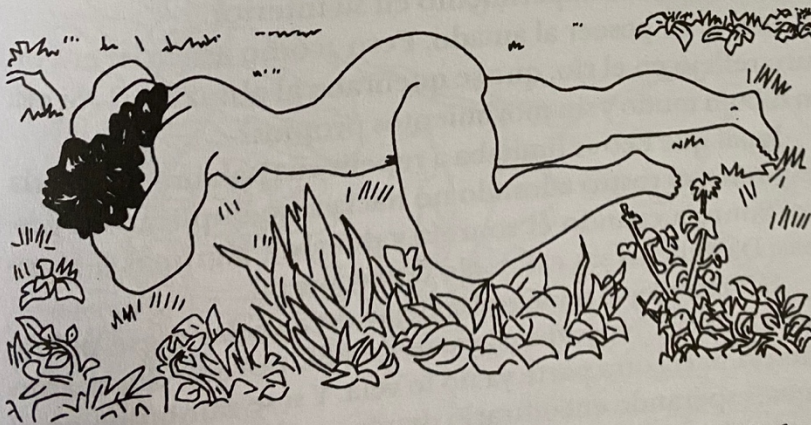
—Podría complacerte; eres muy bella. Pero tu compañía me resultaría insoportable. Me empalagan tus besos, si detrás de ellos y de esa mirada húmeda no hay sino el vacío. ¡Ea, márchate!

De nuevo emprendió su camino, y, como ella no cedía y lo intentaba retener, la empujó con violencia y echó a correr hasta desaparecer de su vista para siempre.

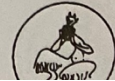
* * *

Eco, tendida en tierra, quedó llorando amargamente. Así permaneció, sin parar, días y noches.

¡Si hubiera podido hacerle entender quién era y el porqué de sus necias palabras, sin duda no la hubiese desdeñado! ¡Oh, hasta qué extremo de crueldad había llegado el castigo de Hera!



Ya no había esperanza para ella. El refugio de la soledad parecía ahora demasiado espantoso.



Y poco a poco la tristeza la fue consumiendo. Su cuerpo divino fue enflaqueciendo y estilizándose hasta desvanecerse en el aire. Tan sólo quedó su voz, inextinguible, en las montañas.

* * *

Y mientras se apagaba la llama de su existencia, el hombre de hielo se atrajo la ira de los dioses. Había ido demasiado lejos en su insolencia. ¡Rechazar él, un simple humano, a una ninfa hecha de sustancia divina! ¡Ensoberbecerse tanto de su belleza como para no hallar criatura alguna digna de su amor!

Bien, pues si él sólo era merecedor de ser amado, ¿quién otro podría ser el objeto de su pasión?

Y un día, al acercarse a beber a un río, sus ojos se posaron en el rostro encantador que tenía ante sí: su misma imagen reflejada en las aguas.

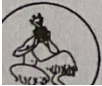
Aquel fuego que él ignoraba, aquella mezcla confusa de sensaciones: una dicha celestial y un dolor que le estrujaba el alma... Todo lo experimentó en su interior.

Ansias de poseer al amado. Pero ¿cómo asirlo, si era un puro reflejo en el río, que se quebraba al abrazarlo? ¿Si era un dibujo mudo y sin movimientos propios?

Igual que Eco se limitaba a repetir sus palabras por toda respuesta, el rostro adorado no hacía sino duplicar sus gestos. Sonreía cuando él sonreía y devolvía lágrimas a lágrimas. Daba besos sin calor. No tenía cuerpo.

Sin embargo, no lograba dejar de anhelar a ese pelele sin sustancia. Ni podía alejarse de allí, porque en cuanto miraba hacia otra parte ya no lo veía. Y si se zambullía en el agua, esperando encontrarlo detrás, se topaba sólo con piedras y algas.

Así que se quedó como pegado en la orilla. No buscaba



qué comer, ni a beber se atrevía, por no romper la querida figura.

Y, a la par que Eco en las montañas, Narciso se dejó morir a la vera del río. De él sólo perdura una flor que lleva su nombre, abonada por los restos de una carne marchita.

